

DESPUÉS DE TRAFALGAR. EL PLAN DE DEFENSA DE VIGO DEL AÑO 1806

Jesús CANTERA MONTENEGRO
Universidad Complutense de Madrid

El día 20 de octubre de 1805 se producía el combate naval entre las flotas hispano francesa y británica ante el cabo de Trafalgar (Cádiz), con el conocido desastre para la escuadra combinada, que supuso prácticamente la inoperancia de la Marina de Guerra española durante mucho tiempo.

El tema de la batalla y sus consecuencias ha sido ampliamente estudiado en estos últimos tiempos, al celebrarse el segundo centenario de aquel hecho histórico, por lo que parece oportuno no entrar en detalles de aquellas circunstancias, las cuales no fueron sino el colofón de las anteriores derrotas hispanas ante el cabo San Vicente (Portugal), el 14 de febrero de 1797, y el cabo de Finisterre, el 22 de julio de 1805 (1).

La conciencia de la tremenda inferioridad en que quedó España frente a Gran Bretaña en cuanto a potencia naval propició que desde diversas instituciones militares se planteara la defensa de las costas, con el fin de que el país estuviese preparado ante posibles asaltos ingleses para adueñarse de enclaves importantes del territorio, o de defender aquellos buques que la Flota aún conservaba y que de este modo habían adquirido un valor especial.

Es así como, casi inmediatamente después del desastre de Trafalgar, se fijó un plan para la defensa de la plaza y puerto de Vigo y de su ría, por el hecho de estar refugiados allí algunos buques desarmados.

Parece oportuno comentar previamente que en aquellos años del comienzo del siglo XIX Vigo no era el núcleo urbano que hoy es. Su actual condición de primera ciudad de Galicia era previsible para algunas mentes proféticas que veían sus favorables condiciones portuarias, pese a que todavía era una pequeña población reducida a la escasa superficie con que la ceñían sus murallas, si bien en algunos puntos éstas iban siendo devoradas por las edificaciones de las barriadas que se desarrollaban extramuros.

(1) De la amplia bibliografía en torno al combate de Trafalgar, citaremos sólo algunas de las publicaciones aparecidas más recientemente, por suponer las últimas visiones del tema y presentar ellas mismas una amplia bibliografía. Así, y con ánimo de ser concisos, mencionamos las de FRANCO CASTAÑÓN, H.: *La razón de Trafalgar. La campaña naval de 1805. Un análisis crítico*. AF Editores de Historia Militar, Valladolid, 2005; GONZÁLEZ-ALLER, J.I.: *La campaña de Trafalgar (1804-1805)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2004; GUIMERÁ RAVINA (ed.): *Trafalgar y el mundo atlántico*. Marcial Pons, Madrid, 2004; O'DONNELL, H.: *La campaña de Trafalgar. Tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805)*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.

Pero Vigo, aunque pequeña en superficie, tenía varios factores que en cuestiones de geoestrategia le daban una especial relevancia en aquellos años del tránsito del siglo XVIII al XIX.

El factor determinante era estar localizada en la ría que acabó tomando el nombre de ría de Vigo, la cual, dejando aparte su belleza, es amplia y posee una fácil entrada y salida al Atlántico por el norte y el sur de las islas Cíes. Existe además ante la población una ensenada que, aunque entonces carecía aún de unas condiciones excesivamente buenas, sí permitía proteger bajo los baluartes de sus murallas algunos navíos.

Pero aún había algo más en el terreno geoestratégico pues, dada la configuración de la ría, ésta, algo más allá de la mitad de su eje, casi se estrangula en el estrecho de Rande, para volver a ensancharse poco después. Tal circunstancia permitía convertir ese fondo en un magnífico fondeadero para navíos, ya que los enemigos no podrían llegar a ellos, al ser detenidos por las defensas situadas en el citado estrecho. De todos modos, esto había resultado inútil a comienzos de la decimoctava centuria, cuando el 23 y 24 de octubre se produjo el célebre combate de Rande, en el que una flota angloholandesa batió a la Flota de la Plata, sin que de nada sirvieran los baluartes del estrecho, que sucumbieron bajo la artillería naval enemiga.

Otro de los argumentos que indicaban la importancia de la «ciudad olívica» (2) en la situación geoestratégica en aquellos años de principios del siglo XIX era la cercanía a la frontera de Portugal, aliado tradicional de los británicos y a quien se acababa de derrotar en la guerra de las Naranjas —del 20 de mayo al 6 de julio de 1801—, planteada por las ambiciones de Godoy y Napoleón y que tanto ha humillado a nuestra nación vecina y hermana.

Estas condiciones de inferioridad de la flota hispana tras los desastres de cabo San Vicente, Finisterre y Trafalgar, y la situación favorable que para la Marina inglesa ofrecían las costas lusas, propiciaron la «permanencia continua en estas aguas de la Esquadra enemiga» (3), frase que se refiere precisamente a las aguas exteriores de la ría de Vigo.

La constante presencia de la flota británica era aún más amenazante por la escasa capacidad defensiva de la ciudad de Vigo. Esta circunstancia no hacía nada imprevisible para los responsables militares de la zona el miedo a que al enemigo se le antojara adueñarse de ella o, más aún, que en un momento dado esas defensas se vieran precisadas a defender una flota española o francesa que, huyendo de la superioridad naval británica, tuviera que refugiarse en la ría buscando el amparo militar de las baterías de la ciudad. Incluso se

(2) Vigo es denominada «ciudad olívica» por ser el olivo símbolo de la ciudad, cuyo escudo porta un árbol de esta especie junto a un torreón.

(3) «Escrito de fecha 12 de julio de 1806, dirigido al Príncipe de la Paz por D. Nicolás Mahy, Gobernador Militar de la Provincia de Tuy», en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11, f. 3 v.º. En el mismo legajo, pero en otro documento, se dice que esa fuerza consistía en una «División de cinco navíos y tres fragatas» («Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo», *Documentos relativos...*, p. 5 rº del escrito).

apuntaba otra circunstancia que propiciaría el internamiento en la ría de la flota inglesa: que el Almirantazgo tomara la decisión de destruir los navíos desarmados que se hallaban fondeados, a modo de refugio, más allá del estrecho de Rande, en lo que se conocía como el fondeadero de la Portela o de Redondela (4).

Esas situaciones, en absoluto improbables, sino muy verosímiles, hicieron que precisamente el jefe naval de aquellos navíos fondeados en la Portela planteara la necesidad de tener preparado un plan de defensa para que, llegado el caso, se pudiera actuar de una manera eficaz frente a los británicos.

El plan de defensa de la ría, la ciudad y el puerto de Vigo (5)

El planteamiento de defensa fue diseñado en primer lugar por el comandante de los buques que estaban desarmados y fondeados en la Portela, capitán de fragata don Francisco de Salazar, el cual temía la acción de una escuadra inglesa para destruirlos y dañar así todavía más la flota española tras la derrota de Trafalgar. Sobre la base de las indicaciones del jefe naval, el comandante general —o comandante militar— de la provincia de Tuy, don Nicolás Mahy, realizó un completo plan de defensa de la ciudad de Vigo, la costa meridional de la ría y del fondeadero de la Portela o Redondela, para lo que contó con el apoyo del capitán general de Galicia, don Francisco de Taranco.

Este plan tiene ante todo el interés de mostrarnos la importancia dada a la ría, la ciudad y el puerto de Vigo en ese momento tan trascendental para nuestra historia que va del desastre de Trafalgar al estallido nacional ante la ocupación francesa, así como de la situación militar de esa zona, en principio tan estratégica por su apertura al Atlántico, entonces dominado sin trabas por la flota británica, y por la complicación geoestratégica derivada de su cercanía a Portugal.

El plan de defensa fue firmado por el general Mahy el 12 de julio de 1806, nueve meses después del combate de Trafalgar y cuatro antes de que Napoleón decretase el bloqueo continental contra Inglaterra.

El general Mahy consideraba que, en la situación geopolítica entonces existente, la flota inglesa podía tener tres razones para entrar en la ría de Vigo, las cuales en realidad también podían ser complementarias y que son las que hemos apuntado un poco antes. El primer motivo podía ser el de conquistar militarmente la ciudad de Vigo, para tener allí una base desde la que operar

(4) Portela es una pequeña población costera muy próxima a Redondela.

(5) La documentación básica sobre el plan de defensa a que nos referimos se encuentra en el legajo denominado *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*, que se conserva en el Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11. Comprende una serie de escritos relativos a dicho plan y a la tramitación del mismo.

mientras no fueran desalojados de ella, lo que nos lleva también a pensar que, aunque el gobernador militar no lo señalaba, esa situación también conllevaría el importunar a las fuerzas militares terrestres españolas que tendrían que empeñarse en desalojar a los ocupantes.

La segunda razón esgrimida por don Nicolás Mahy era la de que la flota británica podría adentrarse en la ría con el fin de quemar los navíos desarmados fondeados en la Portela, lo que, como ya hemos expresado anteriormente, supondría un nuevo deterioro a nuestra fuerza naval por la desaparición de más buques.

Finalmente, el tercer motivo por el cual, según la consideración de Nicolás Mahy, podrían los ingleses penetrar en la ría de Vigo sería acosar y batir alguna escuadra francesa o española que recalara allí.

Para cada una de estas probabilidades, el gobernador militar planteó diferentes soluciones, si bien en el fondo todas estaban relacionadas, pues estratégicamente se complementaban.

Situación ante un desembarco de fuerzas británicas

En la primera de las situaciones posibles, la del desembarco de fuerzas con el fin de adueñarse de la plaza de Vigo, pensaba que éste podría llevarse a cabo en alguna de las playas entre Corujo y Bouzas. Para ello los ingleses debían contar con un número de hombres superior al de los defensores, y además hacer una operación de batido contra las murallas de Vigo al tiempo del desembarco. En opinión de Mahy, las necesidades de tropa para oponerse a esta acción británica se cifraban entre 2.000 y 3.000 hombres.

De todos modos, los defensores contarían con el grave inconveniente del pésimo estado de las murallas de Vigo, cuya lamentable situación ya había sido puesta de manifiesto en el año 1803 en un informe realizado por el mariscal de campo y director de Ingenieros don José Orta. En fechas más cercanas se había corroborado esa situación en el reconocimiento hecho por el también director de Ingenieros don Francisco Caballero («Cavallero» en la documentación).

Con el estado en que se hallaba aquella fortificación, consideraba Mahy que sólo «conseguiría sacrificarse la poca guarnición de la Plaza en cumplimiento de su obligación sin poder evitarlo ínterin no sea mayor su fuerza» (6).

Y, efectivamente, aquellas murallas estaban en un estado algo más que lamentable, tal como confirma toda la documentación relativa a ellas y

(6) «Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo», escrito y fechado en Vigo el 12 de julio de 1806 por don Nicolás Mahy, gobernador militar de la provincia de Tuy, en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11, f. 4 vº.

conservada en el Instituto de Historia y Cultura Militar de Madrid, el Archivo General Militar de Segovia, el Archivo General de Simancas y el Archivo Municipal de Vigo (7).

Con todos los datos extraídos de esa amplia documentación, podemos conocer hoy de manera perfecta cómo era aquella muralla, su trazado, sus baluartes y puertas, las piezas de que disponía, la tropa que la servía, etc. y, cómo no, saber de la mala calidad de sus muros y de lo mal conservados que se hallaban por falta de cuidado.

Las modernas murallas de Vigo comenzaron su andadura en el siglo XVI, si bien se conformaron de una forma efectiva en el XVII. Durante la siguiente centuria, y en relación con la situación política y militar europea, se llevaron a cabo diversos informes realizados por el Cuerpo de Ingenieros que denunciaban la poca consistencia y efectividad de aquellas defensas, situación que lamentablemente se prolongaba en los comienzos del siglo XIX que aquí tratamos.

Estos informes son una base documental de gran interés, por cuanto nos permiten conocer las condiciones reales de aquellas murallas y las opiniones que en unos casos señalaban la conveniencia de no invertir en su mejora por considerarse un gasto superfluo, y en otros, lo oportuno de reconstruirlas para hacerlas adecuadas a la defensa del territorio y de los navíos que buscaran refugio bajo ellas.

Con fecha 14 de abril de 1737, el entonces ingeniero en jefe don Pedro d'Aubeterre (8) firmó un informe sobre el estado de las fortificaciones de Vigo que le había sido requerido el 27 de febrero de ese año, informe donde llegaba a la conclusión de que no era conveniente invertir suma alguna en la mejora de aquellas fortificaciones (9).

Señalaba el ingeniero militar lo inadecuado de aquella fortificación, pues la ciudad estaba cerrada con una muralla «de malísima construcción, formando en algunos parajes la figura de un Balte, todo lo demás de ella está fabricado sin arte ny figura de fortificación; dha muralla es mui baja, y de tan mala construcción como tengo referido que [h]ay en ella actualmente quatorze o quinze brechas, por algunas de las quales se puede entrar a Cavallo, y por parte de la ría, se halla en tan mal estado que, sy hasta aora (*sic*) no ha caído

(7) Sobre la muralla de Vigo pueden consultarse varios apartados de CUNQUEIRO, Álvaro, y ÁLVAREZ BLÁZQUEZ, José María (coords.): *Vigo en su historia*. Caja de Ahorros Municipal de Vigo, Vigo, 1980, y el magnífico estudio realizado por SORALUCE BLOND, José Ramón: *Castillos y fortificaciones de Galicia. La arquitectura militar de los siglos XVI-XVIII*. Fundación Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa, La Coruña, 1985, pp. 165-175.

(8) El 29 de diciembre de 1737 ya era ingeniero director. Cfr. en CAPEL, Horacio, y otros: *Los ingenieros militares en España. Siglo XVIII*. Publicacions i edicions de la Universitat de Barcelona, Barcelona, 1983, p. 139.

(9) «Situación de la plaza de Vigo, 14 de abril de 1737». Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, sign. 3-1-11-7.

del todo, sólo han quedado algunos lienzos de ella, que se mantienen todavía, estando assí mismo para caer el angulo flanqueado del B^o del Buraquiño» (10).

Así pues, no podía ser más penosa la situación de la fortificación de aquella población que, por otra parte, podía sentirse con justificación amenazada ante un posible asalto enemigo.

De todos modos, D'Aubeterre tenía muy claro que la reparación o, más bien, construcción nueva de las murallas para la defensa de la plaza de Vigo supondría un esfuerzo económico injustificado con respecto a las ventajas que se derivarían de su existencia; y aunque no dejaba de señalar las buenas condiciones del puerto de Vigo, indicaba también su poca capacidad, ya que entre el baluarte de la Laje y la punta de Teis había una cala «que es lo que llaman el puerto, en el que solamente pueden dar fondo navichuelos de veinte a treinta toneladas, no pudiendo los navíos de alto bordo entrar en él, por no haver (*sic*) suficiente agua en baja marea, los que solamente pueden dar fondo por la parte mas cerca, en el alineamiento del expresado Cabo de la Laje, y referida punta de Theys: es donde [h]ay agua suficiente para navíos de setenta a ochenta piezas de cañón, con un buen fondo, y en el referido alineamiento pueden entrar solamente de ocho á diez navíos de la calidad expresada que distaran uno del otro de cien brassas a lo menos, que es lo regular que se les da en este Puerto, en el que por su buen fondo no estan expuestos los cables ny ancoras a flanquear tanto como sucede en otros puertos; y el último de estos dichos navíos habrá (*sic*) de anclar algo distante de la punta de Theys porque (*sic*) cerca de ella el fondo no es tan bueno y para no exponerse a ir a barrar contra las peñas de dha punta, en caso de tempestad, advirtiendo que sy el número de navíos fuesse más crecido deverían dar fondo a distancia maior (verbi Gracia) de doscientas a trescientas tuessas de la plaza, observando las mismas distancias que los antecedentes, y en donde el fondo es ygualmte bueno, pues lo está en toda la Ría» (11).

Además de estos inconvenientes de aquel puerto con pocas condiciones para acoger grandes navíos de guerra, D'Aubeterre hacía hincapié en los problemas derivados de las condiciones meteorológicas de la zona. Y así, indicaba que debía tenerse en cuenta que «los navíos no están seguros de los temporales de oueste, y oueste norte oueste, que son frecuentes en estos parajes, y en esos casos, se ven precisados de ir a refugiarse a el otro lado de la punta de Theys, en una cala que hay muy capaz, con buen fondo y abrigada de todos vientos» (12).

No quedaban ahí los aspectos negativos apuntados, pues según el ingeniero los navíos fondeados ante el puerto de Vigo carecerían de una suficiente defensa debido a las condiciones poliorcéticas de la plaza, lo que señalaba diciendo que «de los ocho navíos que estarán anclados en el alineamiento de

(10) *Ibidem*, ff. 4 r^o-5 v^o.

(11) *Ibidem*, ff. 1 r^o-2 r^o.

(12) *Ibidem*, f. 3 v^o.

la Laje y Theys, sólo podran ser defendidos los dos ó tres primeros, del dho Cabo de la Laje, y no de los Castillos, por ser demasiada su distancia y no poder impedir por essa razón de que los navíos enemigos puedan a su salvo atacar los nuestros, que se pudieran hallar en el puerto; y prescindiendo de estar los castillos tan apartados, se hallan con tanta elevación sobre la surface [superficie] del mar, que como se tiene experimentado, los tiros de artillería harían poco o ningun efecto, y no podrían servir de defensa alguna al puerto; dejándose considerar que los otros navíos que estarían anclados a mayor distancia, no podrán ser defendidos tampoco, ny de la plaza, ny de los castillos, por el motibo (*sic*) referido, añadiendo que del modo que se amarran los navíos en este puerto, en tiempo de la tempestad de estos vientos, sólo un cable puede travajar (*sic*) y hacer resistencia» (13).

Todas estas razones le llevaban a considerar la inutilidad de invertir una gran suma en la fortificación de la plaza, ya que el principal motivo que pudiera empeñar a fortificar esta plaza sería el de «asegurar su puerto, a fin de que sy acaso una de nuestras flotas siendo perseguida por una maior pudiesse abrigarse en él, se ve patentemte la inutilidad de fortificarla» (14).

Esta «inutilidad» venía determinada por la gran anchura de la entrada del puerto, «razón que inutiliza la fortificacion que se intentare hazer en esta plaza para asegurar su puerto» (15).

Aún apuntaba D'Aubeterre otra razón para considerar inútil la inversión en la fortificación de la Vigo, «ya que sea por arriba, sea por abajo, de la referida plaza, los desembarcos son tan fáciles de hazer, que qualquiera enemigo que quisiera executar lo haría con facilidad, sin hazer caso de ella penetrando en el interior de todo el pays sin dificultad alguna, dejándola atrás» (16).

Toda esta serie de consideraciones le llevaban a estimar la inconveniencia de proceder a invertir una gran suma en la reconstrucción de unas fortificaciones cuya utilidad sería muy limitada, por lo que le parecía más oportuna la organización de la defensa del territorio por medio de «tropas Milicianas del pays escogidas» (17), que se reúnen cuando las condiciones lo precisan.

En los años siguientes, las condiciones de la fortificación de la plaza de Vigo mejoraron algo respecto del más que lamentable panorama que describía el ingeniero en jefe don Pedro d'Aubeterre, si bien continuó adoleciendo de grandes problemas derivados de los malos materiales con los que estaba construida, y quizá de una manera más rotunda, de una casi absoluta falta de mantenimiento.

Sin embargo, la situación de la política internacional aconsejaba mantener las murallas viguesas, pues no podía descartarse un intento de asalto de fuer-

(13) *Ibidem*, ff. 3 vº-3 rº.

(14) *Ibidem*, f. 4 vº.

(15) *Ibidem*.

(16) *Ibidem*, f. 4 rº.

(17) *Ibidem*.

zas inglesas, lo que hizo que se mantuvieran en pie hasta 1861, cuando se aprobó su demolición con el fin de permitir la expansión de la urbe.

Vista la situación de las murallas olívicas, parece oportuno describir ahora la fortificación, para comprender cómo era aquel recinto del que en 1806 se temía que pudiera estar en las miras del Almirantazgo británico para situar allí una base que facilitara las operaciones militares inglesas en la costa del occidente septentrional de España y del norte de Portugal, y para cuya defensa se dedicaba una parte del plan de don Nicolás Mahy.

La fortificación de Vigo

Puertas

Las pequeñas dimensiones del Vigo anterior a la expansión eran de aproximadamente 470 varas (392,5 metros) en dirección este-oeste, y de 375 (313 metros) de norte a sur que fue cercado en el año 1640 por sus naturales con una mala y baja muralla sin foso, de piedra y barro que forma un recinto irregular flanqueado por pequeños baluartes con débiles parapetos y baterías hechas posteriormente en 1679 (18).

Tal como decía ese documento, corroborado por otros muchos testimonios, las defensas de la plaza de Vigo eran francamente malas, no pareciendo lógico que a lo largo del siglo XVIII se dejaran en ese estado cuando no era imprevisible un posible golpe de mano de una fuerza de desembarco inglesa, que incluso si éste se producía en el marco de un conflicto más generalizado, podría contar con un apoyo terrestre de tropas portuguesas.

A través de los muchos informes realizados sobre el estado de dichas fortificaciones, así como de algunos proyectos planteados para tratar de poner remedio a ese deficiente estado, es posible conocer hoy cómo eran aquellas murallas y por dónde se situaban en el actual plano de la población.

Dado que el tema es conocido, no vamos a detenernos demasiado en ello, ciñéndonos a señalar sus características y elementos poliorcéticos, y en todo caso, haciendo hincapié en aquellos rasgos en que podamos aportar alguna novedad.

A grandes rasgos, podemos decir que aquellas murallas arrancaban desde el punto más bajo, y tal vez más importante: el baluarte de la Laje, situado frente al actual Club Náutico, para subir, siguiendo las líneas orográficas del terreno, por la actual calle de Carral, atravesando la Puerta del Sol, y llegar por último hasta el castillo de San Sebastián, el punto más alto del recinto y único resto en pie de aquellas fortificaciones, cuya demolición fue aprobada por una real orden de 26 de abril de 1861. Desde ese punto superior se iniciaba el descenso hasta llegar a la ribera del Berbés, para desde allí, siguiendo la costa hacia el interior de la ría, empalmar con el baluarte de la Laje.

(18) «Descripción de la ría y plaza de Vigo, 27 de febrero de 1846». Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, sign. 3-1-11-14, f. 4 rº.

Cuando fueron construidas, las murallas lo hicieron adaptándose, además de al terreno, al caserío existente, de modo que no pudieron ser planteadas con un sentido lógico, tal como hubiera sido de desear en el siglo XVIII. Por este motivo, las defensas consistieron en «baluartes pequeños é irregulares, redientes y cortinas rectas con algunas en ángulo, sin foso, camino cubierto ni otra obra exterior que aleje las primeras defensas» (19).

Como punto especialmente significativo del recinto estaba el castillo de San Sebastián, que situado en la parte más alta de la ciudad formaba una especie de ciudadela. Aunque sus condiciones defensivas también dejaban bastante que desear, su situación y la cercanía de la fortaleza del Castro hacían pensar que no fuera atacado desde el exterior.

Pero vayamos a un análisis más pormenorizado de estas fortificaciones, e iniciémoslo indicando las puertas que se abrían en el perímetro. Eran éstas seis, de cuyo testimonio sólo persiste el nombre de una de ellas en la hoy céntrica Puerta del Sol; a estas seis puertas hay que añadir otras dos existentes en el castillo de San Sebastián.

Comencemos por la Puerta de la Laje, tal como hicimos antes con la localización de la muralla. Estaba aquella puerta inmediata al baluarte del mismo nombre, a oriente de éste y en el extremo de la cortina, con lo que quedaba a la altura de la actual calle de Montero Ríos. Su fin era el de servir de acceso al pequeño muelle situado bajo el baluarte.

Subiendo por el recinto oriental, la siguiente era la Puerta de la Gamboa, orientada hacia el camino de Pontevedra, actual calle del Arenal, abriendo en lo que hoy sería la confluencia de Carral con la calle de la Reina Victoria. Estaba situada esta puerta en el medio de una cortina y en una zona de la ciudad muy poblada, lo que hacía que se encontrara «dominada por el mucho caserío que la rodea» (20), con los serios inconvenientes que ello acarrea en caso de tener que acometer una defensa militar de la ciudad.

Más arriba, en el perímetro, se situaba la Puerta del Sol, cuyo nombre pervive en uno de los puntos neurálgicos de la actual ciudad de Vigo. Esta puerta, situada también en el medio de una cortina, se abría al camino hacia Orense y Castilla. Es interesante lo que de ella se decía en el informe militar del año 1849 porque, además de hacernos ver las condiciones de aquel punto concreto de la muralla, nos muestra también el estado general del recinto:

«Hace poco tiempo fue construida la tercera para cerrar el paso que dejaba la carretera de Castilla, y es tan endeble que más bien parece puerta de un cercado de una huerta, que de Plaza fuerte, sin contar que puede ser batida desde muy corta distancia aproximándose al abrigo de los muchos obstáculos

(19) «Memoria sobre el estado e importancia de la plaza de Vigo, 6 de septiembre de 1849». Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, sig. 3-1-11-15, p. 2 vº.

(20) *Ibidem*, f. 3 rº.

(21) *Ibidem*, ff. 3 rº-4 vº.

de terreno tan accidentado como es el que se extiende a su frente; y que se halla en el punto medio de una cortina con su parte superior sin arco dintel ni obra alguna que la resguarde de la intemperie» (21).

Antes de llegar al castillo de San Sebastián, y casi a su pie, se abría la Puerta de Placer, hacia el barrio del mismo nombre y en la zona de las actuales calles Méndez Núñez y Cruz Verde. Entre todas las puertas de la muralla era la que quedaba mejor protegida, pues su ubicación al pie del castillo hacía que «los fuegos de éste y del Castro impiden á cualquiera ninguna clase de tentativa, si bien su importancia es escasa, pues no comunica mas que con aldeas y parroquias con auxilio de caminos ó correderas malos é intransitables para carros que no sean del país» (22).

Desde el castillo de San Sebastián, y en el lienzo de muralla que se extendía por el lado occidental de la población, se abría en primer lugar, y muy cercana a dicho castillo, la Puerta de la Falperra, que quedaba en el flanco del baluarte de su mismo nombre, donde hoy existe la calle homónima.

Su localización también hacía que estuviera especialmente amparada y libre de posibles asaltos, pues se hallaba cubierta de toda clase de fuegos «no obstante el barrio próximo[,] cuyas casas aglomeradas y en crecido numero podrían perjudicar mucho á los defensores; mas como tiene el castillo dominándolo de muy cerca, un poco más elevado el Castro, y los baluartes Falperra, S. Julián y Rivera en anfiteatro y dirigiéndole sus fuegos se defenderán por este lado obstinadamente aunque biniesen (*sic*) muchas fuerzas por el camino de la plaza de Bayona ó por el antiguo de Tuy» (23).

Más abajo en el recinto estaba la Puerta de la Rivera, aproximadamente en lo que hoy es la confluencia de las calles Ribeira do Berbés y Real. Esta puerta daba acceso al barrio del Berbés, y aunque estaba bien defendida por los baluartes próximos, las casas se fueron construyendo hasta la propia muralla, con lo que sus condiciones defensivas se redujeron sensiblemente. De todos modos, los accesos resultaban inapropiados para tropas asaltantes ya que, «al no haber sino correderas malas y una senda por la playa, los ataques de este lado serán cortos e infructuosos» (24).

Entre las puertas también pueden incluirse las dos con que contaba el castillo de San Sebastián, una hacia el interior de la población, y otra, llamada del Socorro, hacia el exterior. Esta última debía su denominación a que por ella llegarían los socorros procedentes del Castro, fortaleza que también defendía ese acceso.

Baluartes

Los baluartes, de estructura sencilla, estaban establecidos para la defensa de la zona costera de la ciudad y de los posibles ataques terrestres.

(22) *Ibidem*, f. 4 vº.

(23) *Ibidem*.

(24) *Ibidem*, f. 4 rº.

El frente costero, desde el Berbés hasta la punta de la Laje, era custodiado por varios baluartes, que de occidente a oriente eran los siguientes:

En primer lugar, el baluarte de la Vega, más conocido como baluarte de San Julián o de la Pescadería, por asomar al barrio del Berbés. A continuación se alzaba el baluarte de San Telmo, próximo al ángulo de la Pescadería, y un poco más al oeste los de San Antonio y San José, este último denominado en ocasiones como baluarte de la Moruna o de la Moreira. Continuando el recorrido, se llegaba al baluarte de la Piedra, cuya elevación sobre la costa le hacía especialmente favorable, aunque no tan trascendental como el último, el de la Laje, cuya estructura superaba a todos los demás, hasta el punto de que en él se localizaron un cuerpo de guardia y un calabozo.

Desde este último y hasta el castillo de San Sebastián, en el lienzo de muralla que mira hacia oriente, se situaban los baluartes de la Gamboa, asomando hacia la actual Alameda; de la Lama, que lo hacía hacia lo que hoy es la calle Marqués de Valladares y, finalmente, el de la Pulguña o del Foso, situado aproximadamente en el actual cruce de las calles Cadaval y Travesía Aurora.

Por el otro lado, y desde el castillo de San Sebastián hasta el baluarte de San Julián o de la Pescadería, solamente estaba el baluarte de la Falperra, que al hallarse situado sobre una zona de fuerte declive hacia la costa, al tiempo que defendía la ciudad de los posibles ataques desde la carretera de Tuy protegía la costa como refuerzo del baluarte de San Julián, situado no muy lejos pero a un nivel inferior.

Castillo de San Sebastián

Está situado en lo que hasta la expansión de la ciudad constituía su punto más alto, a unos 66,5 metros sobre el nivel del mar medido en Vigo en la pleamar. Consistía en un fuerte que, adosado a la ciudad, venía a constituir una especie de ciudadela. Hoy en día es el único resto existente de las murallas viguesas.

Su planta es irregular, pero aproximándose a una estrella de seis puntas, cada una de las cuales viene a constituir un pequeño baluarte. De éstos, los que asoman hacia el exterior, y de oriente a occidente, tenían los nombres de baluartes de San Ramón, del Socorro y de San Fernando, en tanto que de los otros tres, más generalmente denominados como «salientes», dos de ellos marcaban el punto de unión con las murallas, siendo el situado a oriente el de la Reina y el de occidente el de Santiago, mientras que el tercero, asomando directamente hacia la ciudad, tenía el nombre de Saliente del Castelo.

Así, este fuerte, sin seguir las perfectas leyes de la poliorcética, constituía para la ciudad de Vigo un reducto que la podía «proteger cuando sea atacada é impedir una sublevación caso de querer berificarlo (*sic*)» (25).

(25) *Ibidem*, f. 4 r°.

Pero esa planta irregular tenía otra grave consecuencia que alejaba el castillo de toda norma de la buena arquitectura militar, pues «sus partes no se defienden entrelas, lo que es contra toda máxima de fortificación» (26). Junto a esto, otro grave problema afectaba a la defensa del fuerte, y era que carecía de un sistema exterior de defensas, pues no existía ni foso ni camino cubierto, de modo que quedaba protegido tan sólo por la proximidad del Castro, que sería la mayor garantía para evitar la aproximación de fuerzas militares enemigas que buscaran el asalto a la ciudad desde ese punto.

Otro inconveniente con el que se encontrarían los defensores desde el castillo de San Sebastián, tal como se desprende de la documentación y corrobora la orografía sobre el propio terreno, es que éste impedía una perfecta defensa «porque el pendiente va por resaltos» (27). De todos modos, siempre se consideró una pieza eficaz de defensa, ya que «defiende la bahía en unión de varios baluartes y baterías con fuegos bastante próximos aunque no rasantes» (28).

Este edificio militar tenía unas dimensiones sin duda reducidas para su cometido pues, aunque contaba con un cuerpo de guardia y almacenes, no tenía la suficiente superficie para ubicar un amplio acuartelamiento de tropas, que habría sido altamente beneficioso para asegurar una mejor defensa de la plaza y la posición. Por ello, en el informe realizado en 1849 se proponía como obra a acometer la ampliación hacia la zona del Castro, lo que además mejoraría la defensa del entorno:

«... su amplitud es reducida considerándola como una ciudadela, pues no puede construirse alojamientos para tropas, lo que hace no sea en el día susceptible de una gran resistencia á no bariar (*sic*) su traza aumentándolo por la parte que mira al Castro; con esto se conseguiría aglomerar fuegos sobre cuantos caminos conducen á la Plaza é inmediaciones de ambos Castillos; construir cuarteles de capacidad suficiente para ese objeto, repuesto de pólvora (*sic*) á prueba y demás edificios indispensables sin olvidarse (*sic*) de un pozo de aguas puras y hermosas artículo tan esencial para prolongar una defensa» (29).

Castillo del Castro

Visible desde buena parte de la ría, constituía el punto más destacado de la defensa de la plaza de Vigo, tanto por su situación, mucho más elevada, sin padrastro que lo domine, como por su mejor construcción según las reglas poliorcéticas, quedando separado del castillo de San Sebastián por una distancia de *un tiro de fusil*.

(26) «Situación de la plaza de Vigo, 14 de abril de 1737». Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, sign. 3-1-11-7, f. 6 rº.

(27) *Ibidem*, f. 6 vº.

(28) «Memoria sobre el estado e importancia de la plaza de Vigo...», f. 4 rº.

(29) *Ibidem*, ff. 4 rº-5 vº.

Erigido con una planta irregular para adaptarse al terreno, consta de tres recintos de perímetros casi concéntricos entre sí, lo que favorece su defensa.

El primer recinto, o recinto interior, está construido con mamposería y es de dimensiones reducidas y planta irregular, con forma de estrella alargada en dirección norte-sur. Consta de cuatro baluartes y un saliente. Éstos, comenzando con el dirigido hacia el norte, hacia el castillo de San Sebastián, y siguiendo el sentido de las agujas del reloj, tienen los nombres de baluarte del Diamante, del Couto, de San Amaro, del Regueiro y saliente de Coya.

El baluarte del Diamante dirigía su bisectriz hacia la ciudad y abarcaba una gran extensión sobre la que poder realizar sus tiros; sin embargo, tenía otras particularidades que lo hacían vulnerable, como que «sus caras forman un ángulo tan agudo y con tanta elevación, que no tiene la solidez necesaria para resistir un gran número de disparos y mucho más siendo como es descubierta hasta sus pies, presentando un buen blanco a la campaña» (30).

El resto de los baluartes podían dirigir sus fuegos, bien hacia la bahía, bien hacia los distintos caminos que conducían a la ciudad y por los que podrían aproximarse las fuerzas asaltantes enemigas.

El paso de este primer recinto al segundo se hace a través de una única puerta, situada junto al baluarte del Diamante y desde la que se descendía por una rampa dispuesta a lo largo de la cara oeste de esta obra. Dicha puerta constaba de un tambor con un rastrillo en la parte superior, y ante ella se había dispuesto una tenaza, para poder situar unas piezas artilleras que contribuyeran a la defensa.

El segundo recinto se adapta bastante al interior, aunque con una disposición que resulta un tanto ilógica, pues «deja espacios unos muy grandes superfluos por consiguiente, y otros demasiado estrechos casi desventajasos sin que pueda circularse libremente» (31).

Otra peculiaridad de este segundo recinto era la escasa altura de sus muros, que le hacían funcionar más bien como una falsabraga, dejando al descubierto el primer recinto, lo que podía permitir a los asaltantes batir los dos al mismo tiempo.

Rodeando este segundo perímetro, se disponía el tercero, comunicado con aquél por medio de un espacio abovedado que resultaba estrecho para el paso de carruajes de artillería. Próximo a él había otro paso, que más bien era una poterna, del que en 1849 se decía que estaba cerrado y en bastante mal estado (32).

Toda la documentación hace referencia a la simplicidad de este recinto exterior, siendo especialmente explícita la memoria del año 1849, al decir que «el tercer recinto ó camino cubierto no es más que un parapeto de campaña con un rebestimiento (*sic*) interior con altura de rodillera y sin perfilar siquiera la magistral».

La salida desde este perímetro exterior se hacía por medio de una abertura practicada en el parapeto, carente de rastrillo o de cualquier otra protección.

(30) *Ibidem*, f. 5 rº.

(31) *Ibidem*, f. 6 vº.

(32) *Ibidem*.

En la fortaleza del Castro, y por sus mayores dimensiones, se pudo instalar en el núcleo interior un cuartel, un cuerpo de guardia con almacenes de pólvora, un pabellón para el gobernador del castillo y una capilla, situada ésta en el centro de dicho espacio.

Fuerte de San Felipe

Era una pequeña construcción defensiva que se levantaba al suroeste del Castro, en un pequeño saliente de la colina en la que éste estaba construido, eliminándose así el único punto vulnerable del castillo.

De esta fortificación, en 1737 se decía que «sólo fue principiado, y no se perfeccionó» (33), y en 1849, que «próxima al Castro hay una pequeña altura que se descubre a muy corta distancia y cuyo emplazamiento debe ocuparse como lo estubo (*sic*) en época anterior, con una obra de campaña cuya gola estará protegida (*sic*) del castillo y en comunicacion recíproca por medio de una zapa doble; evitando de este modo el establecimiento de una batería de brecha fácil como es de construir sin temor de los fuegos ineficaces que se le dirijan» (34).

Como se ve, poco tiempo estuvo funcionando aquel fortín, que consistió en un pequeño baluarte con camino cubierto y caponera de 170 varas (142 metros) que se unía al recinto exterior del Castro, siendo su existencia «útil y de consideración porque descubre el pié (*sic*) de las hondonadas que el castillo no puede descubrir y domina toda la campaña de la espalda y costado de Vigo por cuyo pié (*sic*) pasan los caminos que de las playas laterales se comunican recíprocamente y los que de ellos se internan en el país hacia Tuy, por cuyas razones se vé bien la necesidad de tener en buen estado este ventajoso fuerte» (35).

El planteamiento defensivo en el caso de que los británicos accedieran a la ría con el fin de quemar los buques fondeados en la Portela

Podía darse la circunstancia de que se produjera un desembarco en cualquiera de los puntos señalados en el caso anterior y con un número de asaltantes que podría situarse entre los 2.000 y 3.000 hombres.

En esta ocasión se contaría defensivamente con la topografía, de modo que Nicolás Mahy pensaba que sería posible enfrentarse a la acción con los 400 voluntarios que estaban en la zona, atendiendo, eso sí, a las disposiciones tomadas para que acudieran los *fachos* a los puntos que se les habían señalado (36).

(33) «Situación de la plaza de Vigo...», ff. 7 vº-7 rº.

(34) «Memoria sobre el estado e importancia de la plaza de Vigo...», f. 6 rº.

(35) «Descripción de la ría y plaza de Vigo, 27 de febrero de 1846». Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, sign. 3-1-11-14, f. 5 rº. Al final del documento se indica que es un «extracto hecho de unas memorias hechas en los años 1801 y 1828».

(36) Los constantes asaltos que la costa gallega tuvo desde tiempos medievales hizo que se instituyera el sistema de los *fachos*. Consistía éste en puestos de vigía situados en colinas

Determinaba Mahy que el comandante en jefe de la operación defensiva debería estar situado en el castillo del Castro, lugar en el que se reuniría toda la tropa posible, ya que desde allí se domina toda la ría y se podía determinar el lugar que precisaba el envío de refuerzos, o incluso adelantar fuerzas de ocupación a puntos en los que se observara que los británicos habían puesto sus miras, empleando entretanto la artillería defensiva hasta que llegaran los refuerzos enviados desde el Castro.

Se pensaba que los puntos ambicionados por los ingleses serían sin duda las baterías de Santa Tecla y la Guía y las dos de Rande, ya que podrían ser tomadas por su retaguardia y, una vez dueños de ellas, les resultaría muy cómodo el paso del estrecho de Rande, para acceder a la Portela sin oposición.

Cabía la posibilidad de que los enemigos no se plantearan la toma de esas baterías sino que, como ya habían hecho en 1702, forzaran por mar el paso del estrecho. Si se decidían por esa segunda opción, los navíos ingleses podrían navegar por la ría sin peligro alguno, ya que dada su gran anchura les era factible ponerse fuera del alcance de las baterías costeras hasta llegar a un punto muy próximo al estrangulamiento del estrecho.

Por ello se planteaba la defensa en Rande de una forma más rotunda, pues era allí donde las naves británicas tenían no sólo que acercarse a la costa, sino franquear la estrecha garganta de ese punto de la ría —unos 750 metros—, planteándose además el poder contar para la defensa con las fuerzas navales que se encontraran en los buques fondeados, a pesar de que estuvieran desarmados.

Si los británicos optaban por esta acción, el plan de defensa de Mahy proponía que las fuerzas militares españolas acudieran con toda su capacidad a las baterías de Rande, a fin de que si los ingleses, ante la dificultad para superar la acción de las piezas, se plantearan un desembarco en alguna de las playas próximas, se pudiera contar con el contingente necesario para evitar el asalto a las baterías por la retaguardia, «como también para ofender con el fusil a los enemigos en el paso colocándose en las angosturas y pasajes que mejor proporcionen el alcance del fusil» (37).

Llegados a este punto de la ría, Mahy indicaba cómo la batería de Rande «es la de más fuerza, y la que puede con el auxilio de la del Norte impedir el paso a los enemigos, pues con el fuego ó bala roja y palanqueta en una tan corta distancia es dable que qualquier buque que intente pasar quede destruido» (38).

con excelentes vistas de la costa. Los vigías, ante la presencia de naves enemigas, avisaban mediante humo o fuego a toda la red de *fachos*, con el fin de organizar la defensa.

(37) «Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo», escrito y fechado en Vigo y 12 de julio de 1806 por don Nicolás Mahy, gobernador militar de la provincia de Tuy, en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11, f. 4 r.º.

(38) «Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo...», f. 4 r.º.

Sin embargo, Mahy consideraba oportuno reforzar ese punto trascendental con la instalación de otras baterías que, situadas antes de llegar al estrecho, pudieran acosar previamente a los navíos invasores, lo que expresaba diciendo que «es de mi obligación hacer presente a la superioridad que para impossibilitar la entrada a la ría sería precisa una batería en la punta del molino y otra al frente de la Guía, cruzando sus fuegos con ella, las que por su situación avanzada a las de Rande multiplicaría la fuerza de éstas considerablemente» (39).

Pero el mismo jefe militar consideraba las dificultades que la instalación de esas baterías tendría, lo que obligaría a confiar tan sólo en Rande, ya que no habiendo medios para construirlas ni tropa para guarnecerlas «se deve (*sic*) contar sólo con la defensa que ofrece un punto que carece de la mayor parte de las circunstancias que constituyen un fuerte de toda confianza para frustrar el ánimo decidido de los enemigos de llegar al apostadero de los Navíos desarmados en la Portela qual es el de dhas Baterías de Rande y su frente» (40).

Y con respecto a la batería localizada frente a la punta de Rande, la única situada en la costa norte, en el lugar conocido como Punta de Bestias — también de Cobres o de Corbeira —, abrigaba Mahy el temor de que, al estar más desguarnecida, pudiera ser tomada por su retaguardia por algunas fuerzas británicas de desembarco. Junto a esto existía otra circunstancia que complicaba en cierto sentido la situación, ya que la costa norte de la ría correspondía administrativa y militarmente a otra provincia, la de Santiago, y dentro de ella, a la jurisdicción del Caudillato de Cangas —o del Morrazo—. Por ello, la defensa de esa batería correspondía a las fuerzas del caudillato, y no sólo administrativamente, sino incluso desde el punto de vista del auxilio militar, ya que no era «posible sostenerla desde esta costa [la de Rande] por falta de tropa» (41).

La situación en el caso de que los británicos atacaran a alguna escuadra española o francesa que recalara en el puerto de Vigo

El tercer motivo por el que ingleses podrían entrar en la ría de Vigo era el de que «persiguiesen y atacasen alguna Division Nacional o Francesa que recalara en este puerto» (42).

Ante esta circunstancia, se planteaba el refuerzo de las baterías, para tratar de interceptar a los navíos invasores e impedir, como en el caso anterior, que llegaran a la ensenada de la Portela. Ello obligaba también a tener un especial cuidado en evitar que los británicos pudieran llevar a cabo ningún desembarco

(39) *Ibidem*, ff. 4 rº-5 vº.

(40) *Ibidem*, f. 5 vº.

(41) *Ibidem*.

(42) *Ibidem*.

en la costa meridional de la ría, con la intención estratégica de tomar por la retaguardia dichas baterías y, sobre todo, adueñarse del estratégico castillo del Castro.

El comandante general pensaba que esa acción podría evitarse si se contara con 2.000 hombres de tropas móviles, además del Batallón de Voluntarios Catalanes, así como con la plena servidumbre de todas las baterías y las 12 piezas de campaña existentes en la zona. A ello se unía otra circunstancia de gran significado, como era la de que se disponía de un mejor conocimiento del terreno, muy dificultoso para quien por el contrario lo desconocía, debido a las «innumerables cortaduras que tiene, las cuales suplirían la falta de mayores fuerzas, y humillarían al enemigo obligándole á abandonar sus ideas» (43).

De todos modos, y a pesar de esta circunstancia de alto valor estratégico, no todo podía dejarse al albur del conocimiento de un terreno favorable para los defensores, sino que había que ir más allá y tomarse muy en serio el refuerzo de la defensa artillera, lo que obligaba a que se «suministrara[n] a la plaza todos los auxilios de que carece» (44).

Eso era lo que según Nicolás Mahy había hecho el comandante del apostadero de la Portela, entregando para ello 32 cañones de grueso calibre y todos los elementos necesarios para su servicio. Éstos se habían distribuido, de modo que veinte se emplearon en artillar las dos baterías de la punta de Rande, y de los otros doce se destinaron cuatro a cada una de las baterías de la Guía, Santa Tecla y el castillo del Castro, «todo lo qual se ha dispuesto en consideración á los pocos fuegos efectivos que tiene este punto y con miramiento á encontrarse con estas defensas en el caso de verificarse este tercer objeto que pueden tener los enemigos en conservarse con una División de cinco navíos y tres fragatas constantemente en estas aguas» (45).

Estado de la fuerza para la defensa de Vigo y su ría

Para afrontar las actuaciones señaladas por Mahy sólo se disponía de las escasas tropas que figuran cuadro que reproducimos a continuación (46).

Otro aspecto que abordaba el gobernador militar don Nicolás Mahy era el tan trascendental, en caso de un intento de asalto de fuerzas navales inglesas, de los servidores de las piezas de artillería.

Explicaba que de los 78 artilleros de que podía disponer, asignaba uno a cada pieza, salvo en las baterías de Rande, donde, debido a la lejanía de estas defensas con respecto a la plaza de Vigo, les concedía dos artilleros por pieza. Pero la escasez de medios resultaba patente por el hecho de que, si bien así los cañones de las defensas costeras quedaban servidos, no había disponible ningún artillero para servir los seis cañones de campaña que «están montados

(43) *Ibidem*.

(44) *Ibidem*, ff. 5 vº.-5 rº del escrito.

(45) *Ibidem*, f. 5 rº del escrito.

(46) *Ibidem*.

	Jefes	Oficiales	Tropa y paisanos armados
Batallón de León a las órdenes del teniente coronel D. José Olloqui	1	15	470
Compañía de Granaderos Provinciales de Lugo y que manda su capitán el teniente coronel don Francisco Díaz		4	130
Destacamento de Artillería a las órdenes del teniente coronel D. José García Paredes	1	7	78
Destacamento de Voluntarios de Cataluña que manda el capitán D. José Olsinellas (?)		4	400
Gente de matrícula			144
Caudillato de Vigo a las órdenes del sargento mayor D. Manuel Olavarrieta	1	30	1.000
Caudillato de Bouzas a las órdenes del primer jefe D. Cayetano Pérez de Limia		22	400
Caudillato de Corujo a las del sargento mayor D. Bernardo de Costas	1	12	500
TOTAL	4	94	3.122

y prontos para hacer uso de ellos, además de otros seis procedentes de la Esquadra conuinada (*sic*), de las que se usaría oportunamente si hubiese Artilleros que las sirviesen, pues el manejo de estas piezas no es fácil egecutarlo (*sic*) con tropas de Infantería, y menos con Paysanos» (47).

Indicaba que se habían pedido artilleros al departamento, pero que éste no podía enviarlos, por lo que se sacaría el partido que «se puede de unas y otras, sin deverse (*sic*) contar por defensa efectiva todo lo que no halla en estado de servicio», el cual expresaba en el siguiente cuadro (48).

Así, el «Estado de fuerza de tropa y gente armada, y el de las Baterias que esta deve servir» resulta quedar en:

- 13 oficiales
- 251 hombres del Batallón de León
- 400 voluntarios de Cataluña
- 24 de la matrícula para gastadores
- 66 jefes con 1.300 fachos de los caudillatos de Vigo, Bouzas y Corujo (49).

(47) *Ibidem*.

(48) *Ibidem*, f. 6 vº.

(49) *Ibidem*.

Baterías	Piezas	Sirvientes de matrícula	Id. de la Guarnición
La Alaje [La Laje]	8	32	50
San Francisco	6	22	36
San Antón	5	14	30
San Julián	2	12	
Gamboa	1	7	
Tecla	8	31	42
Guía	9	21	42
Rande y Norte	20	130	
TOTAL	59	120	349

Disposiciones a seguir en caso de alarma

Una correcta y eficaz defensa del territorio requería que, llegado el caso, todas las fuerzas militares y civiles consideradas por el comandante general de la provincia de Tuy estuvieran perfectamente coordinadas y supieran lo que tenían que hacer, lo cual suponía la segunda parte de las «Disposiciones preventivas (*sic*) para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo».

La señal de alarma general para todas las fuerzas serían tres cañonazos disparados desde la batería de la Laje, enarbolando al tiempo la bandera, alerta que sería confirmada con el disparo de otros tres cañonazos en el castillo del Castro, en el que también se enarbolaría la bandera.

A esta señal, las fuerzas deberían responder según lo determinado en las siguientes disposiciones:

a) *Actuación de los Voluntarios de Cataluña*

Se apostarían en Bouzas, San Payo de Navia y Corujo, para dominar las vías de acceso y comunicación, debiendo obrar según se fueran produciendo los acontecimientos, de modo que se podrían dar las siguientes circunstancias:

- acosar a las tropas asaltantes para evitar que pudieran reembarcar;
- si no se hacía posible el rechazo de los enemigos, los Voluntarios de Cataluña deberían replegarse hacia el interior del territorio, procurando entorpecer las comunicaciones *con cortaduras y arboles, en inteligencia de que sean sostenidos por la guarnición y fuegos del Castro* (50),
- en el caso de que los enemigos se dirigieran por mar hacia el interior de la ría, deberían replegarse a la zona situada entre Bouzas y el

(50) *Ibidem*.

arenal de Coya, con el fin de poder *recibir y ejecutar las ordenes que convengan con rapidez* (51).

b) *Actuación del teniente coronel al mando del Batallón de León*

Enviaría a las baterías la tropa asignada a ellas, sin que en la documentación aparezcan señaladas cuáles eran esas baterías. Con lo restante del batallón debería formar en la plaza de Vigo, para, sin tener que recibir ninguna orden del gobernador militar, subir con su fuerza a la falda del Castro, y allí quedar «en disposición de recibir las ordenes que se le comuniquen» (52).

A esta unidad militar deberían seguirla «los 24 hombres de la matrícula para Gastadores con sus achas (*sic*) y demás útiles correspondientes» (53).

c) *Actuación de la Compañía de Granaderos Provinciales de Lugo*

Enviaría la tropa correspondiente a las dos baterías que le eran asignadas, y que tampoco aparecen indicadas en la documentación. Con lo restante, estaría observando los movimientos de los navíos enemigos, para, en el caso de que optaran por realizar un desembarco en la playa inmediata a las baterías, evitar que en tanto llegaban los refuerzos desde Vigo éstas fueran tomadas por la retaguardia.

d) *Actuación del Caudillato de Vigo*

Estaba compuesto éste por 11 trozos (54), cada uno de ellos con su respectiva misión.

El *primer trozo*, junto a tres escuadras del segundo, entraría en la plaza de Vigo con sus respectivos jefes. El primero de éstos debería separar los carpinteros, herreros, canteros y albañiles que formaran parte de sus fuerzas, para ponerlos a disposición de los comandantes de Artillería e Ingenieros.

La cuarta y la quinta escuadra del segundo *trozo de Santiago de Vigo*, que estaba compuesta por vecinos de Teis, se reunirían en la dehesa de San Gregorio para cubrir y defender la retaguardia de la batería de Santa Tecla y el arenal de la Calzada, donde se pondrían a las órdenes del oficial que mandara la citada batería.

Los *trozos de San Fausto y San Cristóbal de Candián* se reunirían al pie del monte de Santa Tecla, para cubrir la batería de la Guía y el arenal de Teis, en el «lugar donde estubo (*sic*) el Campamento francés» (55). Las disposiciones dictadas por Mahy determinaban que el primer jefe del trozo de San Fausto, don Francisco Xavier de Soto, debería avisar al oficial comandante de la Guía de estar allí con su trozo, poniéndose a sus órdenes.

(51) *Ibidem*, ff. 6 vº-6 rº.

(52) *Ibidem*, f. 6 rº.

(53) *Ibidem*.

(54) Los «trozos» eran grupos de civiles armados para la defensa del territorio. Por lo general, cada trozo estaba compuesto por 100 hombres.

(55) «Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo...», f. 6 rº.

Los dos *trozos de Cabral* y los tres de *Santa Cristina* se reunirían en la zona entre los castillos del Castro y de San Sebastián, para seguir a las tropas del Batallón de León, bajo las órdenes de cuyo teniente coronel quedarían.

Los *trozos de San Pedro* y *Santo Tomé* tendrían que reunirse «en la inmediación de San Juan de Piniche á fin de observar con una Guardia emboscada sobre la aguada al Patrón Iglesias (*sic*)», si los ingleses intentaran llevar a cabo un desembarco en los arenales de San Francisco y Coya, «procurando incomodarles para que no puedan llevarlo a cabo» (56).

Como complemento de estas medidas, las disposiciones de Mahy determinaban que el caudillo de Vigo, una vez que se diera la alarma, procurase conocer que los trozos habían concurrido a los puntos que tenían determinados y, hecho esto, se dirigiera a la plaza de Vigo para comunicárselo al comandante de la provincia, de quien debería esperar órdenes.

Un aspecto importante que tampoco se olvidó fue el de la logística, por lo que se determinó que para los transportes de víveres o municiones el caudillo de Vigo dispondría de 40 carros de los *fachos*, que se tomarían por partes iguales entre los nueve trozos de fuera de la población. Éstos, a la señal de alarma, deberían concentrarse en el Campo de Granada, en vez de hacerlo con sus respectivos trozos.

Una última disposición para el Caudillato de Vigo era la que determinaba que, una vez reunida su fuerza, el primer jefe del trozo de Vigo debería proceder a que su gente reemplazara a la tropa empleada en las guardias dentro de la villa, con el fin de que la tropa profesional pudiera ir a reunirse con su unidad. Con ello se organizaba una defensa civil para que la fuerza militar pudiera dirigirse a aquellos puntos donde el combate o las actuaciones pudieran ser más comprometidas.

e) *Actuación del Caudillato de Bouzas*

Disponía éste de cuatro trozos, que al mando de sus respectivas jefes se situarían en Coya, punto desde el que deberían observar el proceder de la fuerza inglesa, para impedir un desembarco en las playas inmediatas si eran ésas sus intenciones.

Una vez reunida la fuerza de los trozos en la zona indicada, el caudillo de Bouzas procedería a informar al capitán comandante de voluntarios de dicha localidad de que estaban en el lugar preciso, para que éste pudiera emplear esta fuerza de los *fachos* junto con la suya propia.

Para completar la logística general del plan de defensa, el Caudillato de Bouzas debería designar 15 carros de *fachos* entre los cuatro trozos, los cuales, al mando de uno de ellos, no debería dirigirse a Coya, sino al barrio de la Falperra, desde la puerta de este nombre hasta el Hospital, con el fin de dedicarse al traslado de municiones, enfermos o lo que fuera preciso.

(56) *Ibidem*, ff. 6 rº-7 vº.

f) *Actuación del Caudillato de Corujo*

Sus seis trozos procederían de la siguiente manera: el de San Miguel de Oya se dedicaría a observar la mar sobre la misma feligresía; el de Corujo se dispondría en lo alto de la punta, al lado de las salinas, y los cuatro restantes se concentrarían emboscados en San Payo de Navia, frente a la playa situada junto a las salinas de Corujo y hasta Alcabre, todos ellos puestos a las órdenes del comandante de los Voluntarios de Cataluña o del oficial que estuviera al mando de ellos, para impedir cualquier intento de desembarco en la zona.

La actuación de las fuerzas navales

Las disposiciones de Mahy contemplaban el apoyo de las escasas fuerzas navales que podrían encontrarse en la ría, teniendo en cuenta la situación de éstas en el momento de la redacción del plan.

De este modo, el comandante del Tercio Naval y capitán de navío de la Real Armada dispondría gente de matrícula para el servicio de las piezas de artillería de las baterías, y gastadores para la tropa de Infantería, atendiendo así a la petición realizada en este sentido por Nicolás Mahy.

Pero, además de esta medida, el comandante del Tercio Naval dispuso que en caso de alarma se situaran junto a la batería de la Laje cuatro lanchas particulares, el bote del capitán del puerto y el bote de sanidad, todos ellos con su correspondiente tripulación, para lo que tenía nombrados pilotines y un patrón para su gobierno.

Por otra parte, el comandante de las fuerzas navales fondeadas en la Portela, capitán de fragata de la Real Armada don Francisco de Salazar, había dispuesto que también, ante la señal de alarma, se apostaran al abrigo de las baterías de Rande cinco lanchas cañoneras, con sendos cañones de a 24, con el fin de reforzar la acción de las citadas baterías, impidiendo que los británicos rebasaran el estrecho y accedieran al fondo de la ría, donde fondeaban los buques desarmados que podían convertirse en su objetivo. Recordemos que esta posibilidad se señalaba al comienzo del plan de Mahy y que en realidad había sido el motivo de la redacción del plan, suscitado por el propio don Francisco de Salazar.

Con el fin de hacer más eficaz la actuación de estas fuerzas navales, Mahy dio órdenes a los caudillos de Redondela, Sajamonde y Sotomayor para que dieran todo el apoyo necesario al comandante de las fuerzas navales y se pusieran a sus órdenes.

Últimas disposiciones del plan de Mahy

Como colofón, Mahy dispuso que el comandante de la provincia, acompañado del capitán del Regimiento de León, don Blas Manuel de Frías, que ejercía funciones de sargento mayor y que en esas circunstancias tendría el

carácter de su ayudante general, se dirigieran a la falda del Castro, donde, como se ha visto anteriormente, se habrían concentrado las fuerzas del batallón de León, para desde este lugar observar cuál era el verdadero objetivo de los ingleses entre los tres previsibles y actuar en consecuencia, dando las disposiciones precisas «procurando dirigirlos á impedirles tomar las Baterías por la espalda, cubrir el País; y si los ve dirigirse al interior de la ría, para penetrar, seguirles los pasos para oponerse siempre á que puedan verificarlo» (57).

Así finalizaba el plan diseñado por don Nicolás Mahy, gobernador militar de la provincia de Tuy, para oponerse de una manera eficaz y con los escasos medios de que podría disponer, tanto militares como civiles, a un más que probable asalto inglés, cuyas fuerzas navales, tras las batallas de cabo San Vicente, Finisterre y, sobre todo, Trafalgar, pululaban con entera libertad por las aguas gallegas, siendo un objetivo fácil y codiciado, el puerto, la villa y la ría de Vigo, especialmente por hallarse refugiados en su fondo varios navíos, e incluso otros que pudieran llegar, tanto españoles como franceses, huyendo del acoso de la flota británica.

El proceso burocrático del plan de Mahy

La estructura piramidal de la organización militar hacía que el plan requiriese unos informes y la aprobación superior. El proceso se llevó a cabo, dictándose en él algunas disposiciones con el intento de mejorarlo, aunque como en tantas otras ocasiones éstas fueron tomadas por personas localizadas en zonas alejadas del teatro de operaciones y que conocían el lugar por planos e informes, pero no por «patear el terreno», lo que una vez más produjo el que se precisaran ciertas actuaciones no lógicas para la realidad del lugar, o que otras que eran lógicas en la práctica, se considerasen como no pertinentes. Así se desarrolló el consiguiente proceso, del que podemos extraer los datos más señalados.

El informe de Mahy estaba firmado en Vigo a 12 de julio de 1806, y la misma fecha tiene el oficio de remisión que el mismo Mahy firmó para enviarlo a Manuel Godoy, como «Ex^{mo} S^{or}. Príncipe de la Paz», haciéndole ver que las disposiciones que tomaba lo hacía «por la permanencia continua en estas aguas de la Esquadra enemiga, con arreglo a la tropa que tengo a mis órdenes y los auxilios accesorios de marineros y paysanos armados» (58).

El plan realizado por Mahy, de acuerdo con el capitán general de Galicia, y dirigido a Godoy, pasó a ser examinado por la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros, la cual, con fecha de 2 de agosto de 1806, remitió su parecer al

(57) *Ibidem*, f. 8 v.

(58) *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*, Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11.

Príncipe de la Paz en un documento firmado por los ingenieros Francisco de Villarroel, Antonio de Benavides y José Cortés (59).

El informe de la Junta hacía algunas puntualizaciones al plan, las cuales pueden resumirse en los siguientes puntos:

a) Con respecto a la división de las tropas y el apoyo civil, se mostraba contraria a una amplia división de las fuerzas y señalaba la conveniencia de que se constituyeran dos o tres cuerpos, que se colocarían en las zonas más convenientes, atendiendo con ellos a los puntos conflictivos de Vigo, Rande y Bouzas o Corujo, de modo que pudieran socorrerse mutuamente y acudir a donde fuera más oportuno, «cuidando de que no obre por si solo el Paysage y sí reunidos á dhos cuerpos» (60).

b) Sobre el asunto de la batería situada en el norte de la ría, frente a Rande, en la llamada Punta de Bestias o Cobres, la Junta consideraba que quedaría muy expuesta dejándola exclusivamente en manos de la población civil del caudillato de Cangas, razón por la que tampoco deberían dejarse piezas de artillería en ella, ya que el lugar podía ser atacado fácilmente mediante un desembarco en sus cercanías, e incluso desde tierra adentro tras haber accedido a ella mediante un desembarco en la ría de Pontevedra o en la ensenada de Aldán. El peligro consiguiente era que, adueñados los ingleses de ese punto, podrían atacar desde allí a la batería de Rande.

Por ello proponía la Junta dejar la batería del norte del estrecho sin cañones, y que la función de éstos fuera llevada a cabo por la batería de Rande y las cañoneras, que además podían moverse hacia los lugares en que fueran más precisas.

c) Tampoco consideraba la Junta procedente que la defensa de la plaza de Vigo se dejara enteramente en manos de la población civil, «pues siendo ésta punto principalísimo no puede quedar sin alguna Guarnición mientras la tropa defiende el paso á los enemigos antes de verse obligado a retirarse a ella» (61).

d) Finalmente, y con respecto a la propuesta de construcción de dos baterías avanzadas a las de Rande que cruzasen sus fuegos, estimó la Junta que «es ya excesivo el número q^e de ellas hay p^a la defensa de la Ría, quando p^a la de éstas es generalm^e preferida la de Barcas cañoneras p^r la falcilidad de colocarlas en donde convenga, de acercarse ó apartarse de los Buques enemigos y poco obgeto (*sic*) que ofrecen á sus fuegos» (62).

Concluía el informe de la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros con un párrafo en el que, tras las objeciones señaladas, ponía su confianza en varios

(59) «Informe de la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros acerca de las Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo», escrito fechado en Madrid a 2 de agosto de 1806, en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11.

(60) «Informe de la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros acerca de las Disposiciones preventivas para el caso de ser atacada la Ría y puerto de Vigo...», f. 2 v^o del escrito.

(61) *Ibidem*.

(62) *Ibidem*.

factores para que los ingleses no pudieran llevar a cabo un intento de asalto si así se les ocurría: «Respecto lo dicho, la aspereza del terreno á las inmediaciones de Vigo, y el celo de aquel Comand^{te} cree la Junta podran evitarse los progresos del enemigo sobre esta Plaza, y eludir sus intentos contra los navíos de la Portela» (63).

El proceso burocrático prosiguió con un oficio del Cuerpo de Ingenieros, sin firma, pero con fecha de 7 de agosto de 1806, en el que se señalan las consideraciones hechas por la Junta Superior de Ingenieros (64). En este oficio, y añadida al margen, aparece una interesante anotación que parece oportuno reproducir textualmente:

«Detállesele así, reúna la tropa en las menores divisiones posibles pero si en gran número p^s dispersada nada sirve acudir a los puntos capitales p^s son conocidas las ideas del enemigo y conseguirá destruirlo anteponiéndose a sus ideas».

La cuestión de la batería frente a Rande

A pesar de las consideraciones hechas por la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros, el tema de la defensa de la costa norte situada frente a Rande seguía siendo una pieza clave en el plan, pues no en balde el mayor interés británico no estaba en la toma de la plaza de Vigo, cuya posesión a todas luces sería temporal, sino en la destrucción de los navíos anclados en el fondo de la ría, más allá, precisamente, del estrecho de Rande.

Por ello, lógicamente prosiguió este asunto; y así, con fecha de 25 de agosto de ese mismo año de 1806, don Nicolás Mahy dirigió un escrito al capitán general de Galicia, don Francisco de Taranco, contestando a otro de éste, perdido en la documentación, pero cuyas ideas pueden deducirse. En este último documento, que tenía fecha de 21 de agosto, el capitán general transmitía al gobernador militar de la provincia de Tuy una serie de ideas de Godoy sobre la defensa del estrecho de Rande, que a su vez había comunicado éste al capitán general el 10 de agosto (65).

En el oficio de contestación, don Nicolás Mahy informaba al capitán general de que la batería del norte estaba establecida, a petición del comandante de las fuerzas navales, el brigadier don Juan Darrac, «en el mismo emplazamiento que estubo (*sic*) en otros tiempos». Y es que, precisamente, ese lugar era el punto donde mejor cruzaban sus fuegos las baterías situadas en ambas orillas

(63) *Ibidem*.

(64) *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11.

(65) «Oficio del Gobernador Militar de la Provincia de Tuy al Capitán General de Galicia», escrito fechado en Vigo a 25 de agosto de 1806, en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11.

del estrecho, que era la mejor manera de dificultar la entrada de los navíos ingleses en el fondeadero de la Portela.

No obviaba el gobernador militar la posibilidad de que los británicos intentaran tomar por la retaguardia la batería del norte, mucho más desprotegida, pero tampoco dudaba de la profesionalidad de las tropas que la servían, de modo que el comandante de la batería «tendría el cuidado correspondiente para inutilizar los cañones vista la necesidad de abandonar el puesto». Más aún: la defensa era relativamente fácil «si los paysanos quieren cumplir con su obligación, [pues] la aspereza del terreno les proporciona ventajas conocidas para hacer muy difícil qualquiera tentativa del enemigo».

Y aún apuntaba Mahy otra razón de peso a la hora de mantener la batería en la punta norte, la de que no era «posible además aumentar los fuegos de la Batería de Rande por no ser subceptible (*sic*) de más Cañones».

La Junta Superior de Ingenieros volvió a examinar las alegaciones del gobernador militar, ratificándose en su anterior idea de los graves inconvenientes y peligros que supondría mantener una batería en la punta norte del estrecho de Rande, lo que expresaba de la siguiente manera:

«La Junta Superior del Cuerpo ha examinado la opinión del comandante militar de Tuy, y halla que apoyándose en el desempeño de los Paysanos, queda muy expuesta la Batería, pues que la operación de clavar los cañones o arrojarlos al agua es muy difícil de executar en los puestos débiles y mal guarnecidos donde en tales casos reina la confusión y el desorden, y que en este concepto convendría pasar la Artillería á la del Mediodía colocándolos provisionalmente al costado» (66).

Este oficio, que carece de fecha, continúa con otro escrito con distinta grafía pero de gran interés, fechado en San Lorenzo de El Escorial en 25 de septiembre de 1806 y carente de firma, pero en el que se expresa una opinión favorable al mantenimiento de la batería del norte, por lo que parece oportuno reproducirlo completo, dado que además su texto no es muy largo:

«Señor:

La Ría de Vigo es anchurosa en toda su extensión hasta que en las dos Puntas de Rande y Corbeira forman una garganta de sólo 900 varas de Latitud que es la entrada al Puerto de la Portela ó Redondela; y aunque es cierto que los tiros cruzados de ambos puntos pueden recíprocamente ofenderse en distancia tan corta; y aunque la Batería del Norte ó de Corbeira quede expuesta en manos del Paisanage; pero también lo es que ningún Buque se arriesga á pasar por entre dos fuegos tan próximos sin conocida temeridad.

(66) «Oficio de la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros», sin fecha, en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11.

Bajo este aspecto podrá ser útil la conservación y uso de la Batería dicha cerrándola por la Gola, y guarneciéndola con un Destacamento de tropa mandado por un Oficial activo y de conocimientos; y quando no lo permitan las circunstancias, combendrá (*sic*) siempre mantener al abrigo de la misma Punta dos ó tres Lanchas cañoneras de continua asistencia que substituyan a la Batería.

V. Ex^a se dignará resolver lo qe fuese de su superior agrado» (67).

Consideraciones personales

La situación geoestratégica de 1806 hacía que, efectivamente, se temiera un ataque inglés a las costas gallegas, pues las tres batallas navales de cabo San Vicente, Finisterre y Trafalgar, aunque no destruyeron la flota española, sí que la dañaron muy seriamente, no siendo nada efectivo tampoco el apoyo de la francesa.

Sin embargo, cabe pensar, aunque esto visto doscientos años después, que los británicos tampoco debían de tener un interés especial en asumir algunas de las actuaciones temidas por las autoridades españolas.

Realmente, ¿qué beneficio habría tenido la toma de Vigo? Posiblemente ninguno efectivo a largo plazo, fuera de provocar una desmoralización en España. Sin embargo, los británicos también serían conscientes de que esa desmoralización sólo sería temporal y que, por el contrario, pronto se transformaría en optimismo, pues su dominio sobre la plaza sería corto, ya que les resultaría harto difícil mantenerse allí ante fuerzas militares españolas superiores en número enviadas con el fin de recuperar la villa al precio que fuera.

Hoy sí podemos considerar más probable la entrada en la ría persiguiendo a algunos navíos franceses o españoles; pero ¿se expondrían a perder algún navío bajo los fuegos de Rande? Lo más probable es que no.

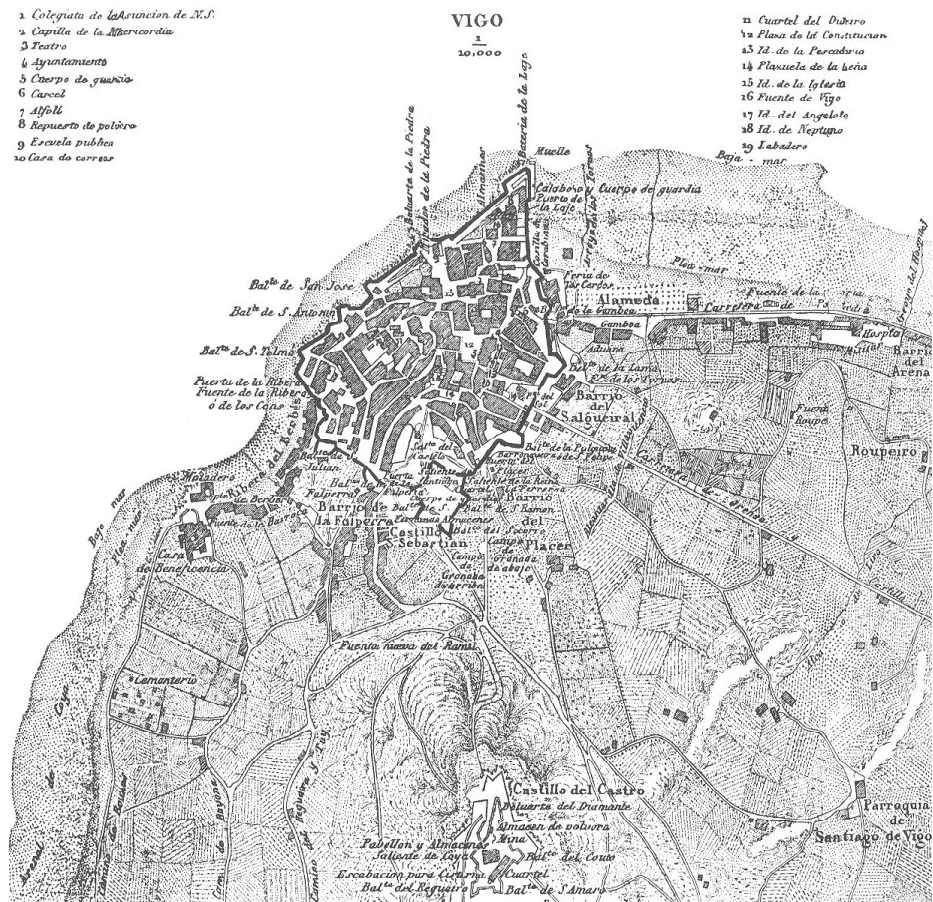
Lo mismo ocurriría con la tercera causa apuntada por Nicolás Mahy, la del intento inglés por destruir los navíos situados en el fondeadero de la Portela. Éstos estaban desarmados y sería descabellado exponerse a perder alguna nave para destruir otras que en principio no suponían ninguna amenaza para la flota inglesa.

De todos modos, el plan se hacía necesario, pues no era inverosímil alguna acción inglesa, sobre todo cuando estaban exultantes tras las tres victorias navales citadas y cuando la política napoleónica llevaba a los británicos a plantear acciones que incomodaran la moral francesa.

Hay otro aspecto interesante del plan de Mahy sobre el que merece la pena hacer alguna consideración; es éste el de la batería del norte del estrecho de Rande. Realmente es muy opinable si debería mantenerse o no, pues en este caso son válidas todas las opiniones.

(67) «Oficio añadido al de la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros», fechado en San Lorenzo a 25 de septiembre de 1806, en *Documentos relativos al proyecto de defensa de la plaza de Vigo. Julio de 1806*. Instituto de Historia y Cultura Militar, Colección General de Documentos, leg. 3-1-11-11.

JESÚS CANTERA MONTENEGRO

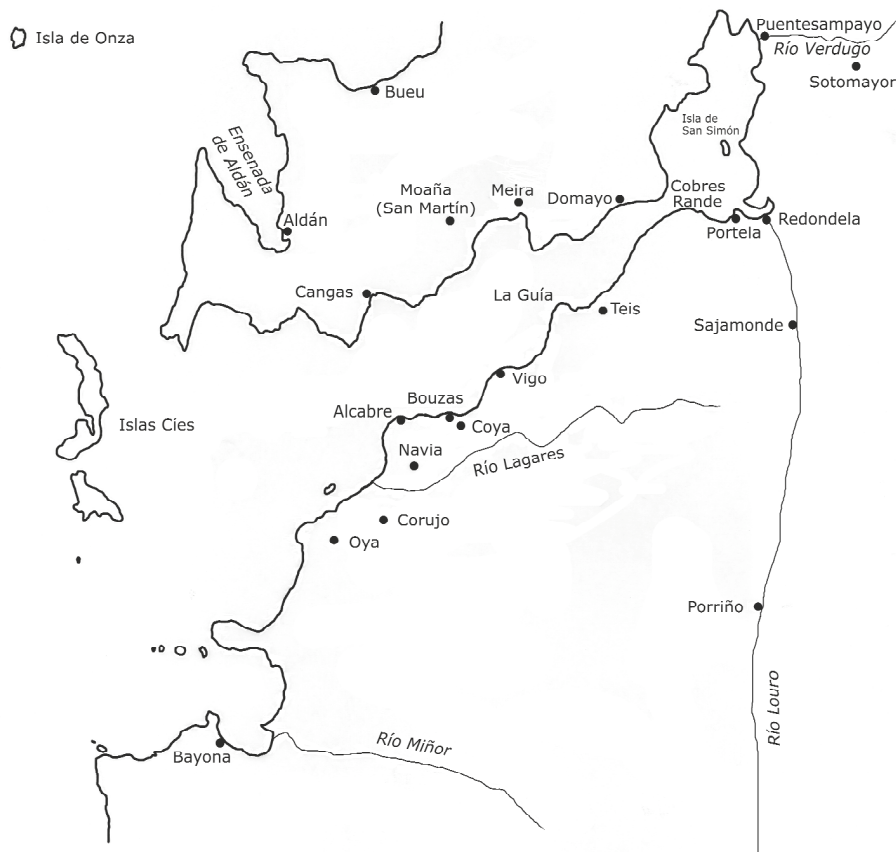


«Plano de Vigo y sus alrededores», de la colección *Atlas de España y sus posesiones de Ultramar*, por Francisco Coello, 1836. Falta la parte sur del tercer recinto del Castro y el Fuerte de San Felipe.

Es muy cierto que estaba situada en una posición aparentemente muy indefensa y que, como decía el informe de la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros, parecía ilógico confiar su defensa a personal civil. También es cierto que en el caso de un inmediato asalto cunde el pánico y pueden no llevarse a cabo las operaciones precisas para inutilizar los cañones.

De todos modos, y siendo esta opinión absolutamente lógica, también es cierto que las cosas se ven de muy distinto modo desde un despacho, a muchos kilómetros del teatro de operaciones, que sobre el propio terreno. En este sentido, resulta pertinente hacer hincapié en cómo tanto el gobernador militar como el comandante de las Fuerzas Navales consideraban oportuno mantener la batería y confiar la defensa de su acceso a los paisanos. Desde

DESPUÉS DE TRAFALGAR: EL PLAN DE DEFENSA DE VIGO DEL AÑO 1806



Plano de la ría de Vigo.

Madrid, lógicamente eso parecía disparatado, de modo que a la Junta Superior del Cuerpo de Ingenieros le inspiraba más confianza la actuación de lanchas cañoneras; sin embargo, Mahy sin duda conocía bien el carácter de la población local y sabía cómo los habitantes de Domayo, la población más cercana a la Punta de Cobres o Bestias, eran gentes aguerridas a las que podía confiarse sin temor la tarea de impedir que las fuerzas de desembarco inglesas pudieran tener un acceso fácil a la retaguardia de la batería.

Con todo lo expresado, podemos hoy, transcurridos doscientos años de aquellas circunstancias, valorar muy positivamente las «disposiciones» planteadas por el general Mahy para la defensa de la ría, puerto y ciudad de Vigo, y del fondeadero de la Portela, pues la debilidad naval española hacía vulnerables nuestras costas.

Por otra parte, las medidas adoptadas nos permiten conocer y analizar la forma de defensa del territorio antes de la implantación del servicio militar

JESÚS CANTERA MONTENEGRO

obligatorio. En ella se involucraba de una manera efectiva a la población civil, que estaba perfectamente organizada para, llegado el momento, tener una actuación eficaz en apoyo de las fuerzas militares, incluso asumiendo por entero en algunos casos las funciones de éstas.